



EXTRA > Conversación con Anki Toner

Como parte del proceso de investigación de la serie de podcasts MEMORABILIA. COLECCIONANDO SONIDOS CON..., reproducimos la conversación por email entre Anki Toner y Anna Ramos, que ha tenido lugar en la primavera-verano de 2012.

Contenidos del PDF:

- 01. Conversación con Anki Toner
- 02. Enlaces relacionados
- 03. Créditos
- 04. Licencia

Anki Toner (Barcelona, 1964) es músico, comentarista, estudioso de la parte oscura de la relación entre música y propiedad intelectual y, además, coleccionista. La parte más (re)conocida de su actividad musical fue su participación en Superelvis como cantante, harmónica y letrista (1986-1998). Actualmente, Anki Toner está implicado en Ankitoner Metamars (2006-), The Ignotoner (2011-) y el proyecto en solitario, File Under Toner, con el que explora los límites de la razón en música. Asimismo, desde 1998 dirige Hazard Records, sello discográfico dedicado exclusivamente a la edición de obras de dominio público y es autor de dos libros sobre música –*Blues* (Celeste, 1995) y *Hip-Hop* (Celeste, 1998)– y múltiples artículos y ensayos.

Anki Toner concibe su colección de discos y objetos afines como un “estudio de los discos en tanto que objetos y de nuestras actitudes y relaciones hacia ellos” y se refiere a ésta como gramofonía (o “colección de objetos gramofónicos”). Parte de su colección se ha mostrado en las exposiciones *Gramophonía* (Festival Experimentaclub, La Casa Encendida, Madrid, 2006) y *Gramophonía lúdica* (Museu del Joguet de Catalunya, Figueres, 2012). También colecciona juegos de mesa. www.ankitoner.com

Conversación con Anki Toner

En esta conversación Anki Toner reflexiona sobre su colección personal de discos y objetos gramofónicos, la evolución de los formatos de grabación, la alta y la baja fidelidad, la problemática del archivo, sus hábitos como coleccionista, la serendipia y el mercado del coleccionismo sonoro en el siglo XXI.

01. Conversación con Anki Toner

Tu colección destaca por la diversidad de formatos, claramente una de tus principales obsesiones. En conversaciones previas por email, reflexionabas sobre “el momento en el que empieza el coleccionismo, el momento en que una persona pasa de tener un montón de objetos parecidos (por ejemplo, discos) a tener una colección”. En tu caso, ¿cuándo y cómo se produjo este cambio de conciencia y qué cambios se produjeron en tu forma de actuar a partir de este descubrimiento?

Toda mi vida (o al menos desde que tengo poder adquisitivo propio) he comprado discos, muchos discos. No por ello uno es coleccionista, evidentemente. El proceso por el que uno se convierte en coleccionista pasa por diversos estadios. Yo he tardado mucho en considerarme un coleccionista de discos o de objetos sonoros. La mayor parte de los discos que tengo en casa no los he comprado como parte de una colección, sino por los mismos motivos que se supone que la gente no coleccionista compra discos... porque le gustan, para escucharlos, para saber a qué suenan, etc. Incluso cuando compro objetos afines, lo que yo defino como “objetos gramofónicos”, lo hago básicamente porque me gustan.

Un punto fundamental que distingue una colección, tal como yo la entiendo, de una mera acumulación de objetos es que una colección tiene en cuenta las relaciones entre ellos. Para mí este es el principal interés. La colección empieza en el momento en que se establecen estas relaciones. Es decir, que llega un momento en que se adquieren objetos por la relación que tienen con otros de la misma colección y no por el objeto en sí. “Porque me falta” (eso sería en una colección completista) o, en mi caso, “porque me falta algo así”, en el sentido que ese objeto establece una relación con los otros objetos que no existía previamente, que de alguna manera les da sentido a (algunos de) los otros objetos y contribuye a establecer el sistema interno de relaciones.

El último estadio (al menos el paso que más me ha costado dar a mí personalmente) es asumir que uno colecciona, que uno tiene una colección. Como sabes, yo tengo una colección de juegos de mesa. A nivel personal no me costó admitir que tenía esa colección, no dejaba de ser un pequeño capricho, algo totalmente ajeno a mis actividades diarias o públicas. Sin embargo, la colección gramofónica tenía mucha interrelación con mis otras actividades como para poderla justificar como un capricho. El resultado es que durante un tiempo no acabé de admitirlo, a pesar de que las visitas que pasaban por casa se asombraban cada vez más de lo que tenía e incluso me proponían exhibirlo. Al final admití no solo que tenía una colección, sino que era relativamente importante. El paso definitivo fue cuando expuse parte de la colección durante el festival Experimentaclub, en 2006, y le di un nombre (la titulé *Gramophonía*, y formó parte de un miniciclo dentro del festival en el que presentamos cuatro artistas que trabajan con tocadiscos).

Tu colección en números

Dejé de contar mis discos la segunda vez que un accidente informático me borró la base de datos (y, como dijo un amigo, desde entonces vivo mejor). Grosso modo calculo que tengo más (bastantes más, me temo) de cinco mil discos entre todos los formatos (físicos, se entiende), casi cien reproductores, amén de una cantidad indeterminada de objetos afines, desde complementos (por poner un ejemplo: cajitas de agujas de gramófono) hasta documentación variada. Por lo que te decía más arriba, a veces es difícil distinguir qué objetos forman parte de mi colección y cuáles son simplemente discos (o tocadiscos u otros objetos afines) que tengo en casa por algún otro motivo (por ejemplo, para usarlos para la función para la cual fueron concebidos).



[Anki Toner en Disquería Eureka (Buenos Aires, Argentina). Foto Carmen Milla, 2009]

Gran parte de mis discos los compré cuando nadie los quería; muy baratos, por tanto, en los años noventa cuando todo el mundo se deshacía del vinilo para pasarse al CD. En muchos casos no comprendí hasta mucho tiempo después el motivo por el cual algunos de los discos que compraba encajaban en mi colección. Aún descubro discos en casa que son parte de mi colección y yo no lo sabía. A veces me gusta pensar que no merecen ser incluidas en la colección más de quinientas piezas y que me podría deshacer del resto, pero otras veces echo un vistazo a mi alrededor y sospecho que ese número no baja de dos o tres mil. En todo caso no creo que una colección sea mejor cuanto más grande.

Quizá se puede resumir en que por un lado hay un proceso, aquel por el cual una acumulación de objetos se convierte en una colección, y por otro la colección en sí es un proceso, en el sentido que es un conjunto de actividades o eventos, coordinados u organizados, que se realizan o suceden bajo ciertas circunstancias con un fin determinado. (La definición está parafraseada de la Wikipedia).

La serendipia tiene un papel muy importante en tu colección y en tu manera de coleccionar. No dejas de buscar en ningún momento, pero tampoco te interesa nada que tenga un elevado valor de mercado. Coleccionar bajo ese principio de economía reducida en contra del modelo clásico del coleccionista a golpe de talonario, solo es posible en ciertas áreas de interés –el tipo de discos y parafernalia que tu buscas es un ejemplo. Los descubrimientos inesperados, ¿compensan la frustración de la renuncia (cuando esa limitación autoimpuesta hace imposible una adquisición)?

En realidad no supone ningún problema para mí. Esta colección no pretende, en ningún caso ser completa. No “me falta” ningún objeto concreto. Se trata más bien, como he dicho antes, de establecer relaciones entre los objetos, y eso no cuesta dinero. Además, creo que le damos demasiada importancia al dinero, pero ese es otro tema. En todo caso, si hablamos del precio de las cosas, yo haría tres categorías: los objetos inalcanzables (los que no puedo comprar), los caros (los que sí puedo comprar, pero no todos los días) y los baratos (los que puedo comprar cuando quiera).

Los objetos inalcanzables simplemente no se me pasa por la cabeza tenerlos, con lo que difícilmente me suponen una frustración. Además, si lo piensas bien, el santo grial del gramofonismo tendría que ser uno de los discos dorados que viajan en los Voyager, y ni siquiera el emir de Kuwait puede comprarlos (ahora mismo se supone que han llegado a la heliosfera, y eso está muy lejos). El segundo santo grial del gramofonismo quizá sería el cuadro original de Barraud, el de *La voz de su amo*, el perrito Nipper y el fonógrafo. Aquí el emir de Kuwait sí tiene ciertas probabilidades de adquirirlo (al menos está en este planeta), pero de nuevo lo tiene difícil: si no me equivoco el cuadro pertenece a Sony y sospecho que no tienen intención de deshacerse de él.

La segunda categoría que he hecho es la de los objetos caros. Puedo comprarlos, pero no todos los días, Puedo permitírmelos, pero tengo que elegir. Como todo en esta vida. ¿Cuál es el problema? Después de todo una colección no es solo una serie de relaciones entre las cosas, como decía antes, sino una serie de elecciones personales.

La tercera categoría es la de los objetos baratos, los que puedo comprar cuando quiera (aunque al final necesitaré sitio para alojarlos, lo cual ya no es tan barato). En realidad ese “cuando quiera” obvia el problema de la disponibilidad, y ese no se puede obviar: no todo se encuentra con facilidad, afortunadamente, puesto que gran parte de la diversión está en la búsqueda. Con esto quiero decir que nadie puede realmente crear una colección a golpe de talonario, aunque es obvio que un presupuesto generoso ayuda. En mi caso, por ejemplo, renuncio a tener una colección importante de gramófonos, más por un problema de espacio que de precio, aunque todo influye. En el fondo no me quejo de mi capacidad para adquirir objetos.

Respecto al problema de espacio que mencionaba, se puede admitir que el dinero puede conseguir más espacio físico, pero hay otro tipo de espacio, llamémosle mental, que no se puede comprar. Me refiero a la memoria, e incluso al tiempo. Por muchos medios que uno tenga, ¿qué sentido tiene acumular objetos hasta el punto de que ni uno mismo sepa los que tiene, ni sea capaz de



[Selección de formatos de grabación doméstica anteriores al cassette: discos y cinta magnética, años sesenta]

disfrutarlos mínimamente, ni le aporten realmente nada en su vida? Claro que puede que nos estemos desviando del tema...

Por último, volviendo a la cuestión del dinero, hay otro detalle importante cuando hablamos de precios. “Caro” también es pagar veinte por algo que debería valer cinco, y esto no depende del dinero que se tenga. Por muy rico que uno sea, pagar de más es estúpido y, aunque todos los coleccionistas lo hemos hecho antes o después, yo no estoy en esto para insultar a mi inteligencia. Para mí lo frustrante es eso: pagar de más, aunque pueda.

En tu colección encontramos discos con juegos, formatos atípicos, formas de reproducción del sonido que desafían la alta (e incluso media) fidelidad y cierta obsesión por crear una cronología –caprichosa, errática y absolutamente personal– de la evolución de los sistemas de reproducción de sonido.

Esa es la parte que más llama la atención de mi colección, las máquinas, o maquiñitas, pero numéricamente en mi colección hay muchos más discos que máquinas (y algunos objetos que son ambas cosas, claro). Yo defino mi colección como “gramofónica”, pero me cuesta ser más preciso. La palabra gramofonía la invento yo (aunque si *googleas* encuentras vocablos parecidos) por analogía con fonografía. Si la fonografía trata del sonido grabado (el contenido de las grabaciones), la gramofonía sería el estudio de los discos (y sus reproductores) como objetos, y de nuestras actitudes y relaciones hacia ellos. De alguna manera, lo que yo colecciono son formatos sonoros.

Lo de la cronología “caprichosa, errática y absolutamente personal” debe tener que ver con lo que decía más arriba de establecer relaciones (absolutamente personales, lo admito, más que erráticas) entre los objetos de la colección. Lo de la cronología, como mucho, es una consecuencia. No acabo de ver muy bien a qué te refieres aunque, naturalmente, una colección de formatos sonoros tiene que tener en cuenta, y yo creo que la tengo, la historia de estos formatos.

La idea de errática es tal vez en el sentido de que las veces que hemos visitado tu colección, la impresión era que, más que un completista, eras un *flâneur* y que parte del placer de coleccionar residía en buscar y en sortear dificultades, como el precio o la disponibilidad.

Tienes razón. En el fondo podría deshacerme de mi colección si las circunstancias me empujaran a ello (espero que no ocurra, en principio no sería buena señal), pero dudo que pudiera evitar seguir buscando. Es una cuestión de curiosidad. Por eso cuando me preguntas sobre una posible frustración por no poder adquirir cosas a partir de un cierto precio, respondo que eso no supone ningún problema. Los objetos caros suelen estar muy bien documentados, por lo que en realidad son los menos importantes para mí: no despiertan especialmente mi curiosidad.

Sobre el tema del completismo: hay colecciones que pueden ser completas o tender a ello. En el tema de los discos, el ejemplo evidente es el de discos de un artista concreto. Será más o menos complicado, pero se puede por lo menos intentar tener todos los discos de, pongamos, Elvis Presley. Apenas habrá unos miles. Los de Superelvis es más fácil ;-). En cambio, una colección basada en el descubrimiento constante, ya sea de objetos o de relaciones entre sí, es necesariamente incompleta. La búsqueda que no cesa. Eso es lo que la hace interesante para mí. No hay ningún peligro de que se termine.

Creo que estuviste en la charla de Rick Prelinger de la serie MEMORABILIA. COLECCIONADO SONIDOS CON... Su trabajo desde Prelinger Archives ha sido fundamental para recuperar del olvido o sencillamente evitar la desaparición de un material funcional y efímero que, sin ninguna pretensión de preservación en su concepción, ha adquirido –con la perspectiva y un ejercicio de reconstrucción historiográfico– un gran valor documental, tanto sobre el momento que documenta (y cómo lo hace) como por el subtexto. Con toda la distancia necesaria, en tu colección hay también cantidad de objetos sonoros efímeros (postales sonoras, *talkie tapes*, etc.). ¿Puedes reflexionar sobre esto? Intuyo que ese es en parte el encanto que tienen para ti, ¿cierto?



[Sellos de correos sonoros, Buthan, 1973]

Intuyes bien. A veces es difícil darse cuenta de por qué algunos objetos ejercen más fascinación que otros sobre uno. En mi caso muchas veces ha sido el objeto perecedero, el mal documentado, el que nadie quería. Con el tiempo, con perspectiva, con la cantidad y la diversidad de objetos y (me repito) de interrelaciones que uno descubre entre las cosas, una colección como esta acaba teniendo un valor documental potencialmente importante. Rick Prelinger, por ejemplo, ha sabido explotar esta potencialidad de una forma admirable.

Una de las reflexiones más interesantes y chocantes de la charla de Prelinger –y que también encontramos en el discurso de un artista que creo que debe estar en tu colección, Goodiepal– es la pregunta en voz alta, de si hay que preservar un material que no fue concebido para ser preservado; si no corremos el riesgo de caer en una contradicción con pretensiones historicistas, en un momento en el que tendemos a la hiperdocumentación producida por la democratización (ficticia) de los medios de reproducción y difusión que hemos vivido en los últimos años. Sé que tu caso no es exactamente el mismo, pero me interesa tu punto de vista.

Me temo que aquí entramos en una discusión sobre qué es la cultura y, a la que le demos un par de vueltas, llegaremos a aquello de quiénes somos, de dónde venimos y a dónde vamos. Quiero decir que nos podemos preguntar muchas cosas sobre si se debe o no se debe conservar tal o cual cosa, que es lo mismo que discutir sobre si se deben/pueden tener o no ciertas actitudes frente al arte, o en último término frente a la vida, y acabamos hablando del sexo de los ángeles o de las viñetas de Mahoma.

Goodiepal es un artista interesante por lo que tiene de provocador. El disco de Goodiepal que tengo en mi colección es una provocación en sí mismo, en su concepción, en la historia que cuenta, y en el material que lo acompaña. Sin embargo, no es una provocación para mi colección. Entra claramente dentro de la cultura gramofónica tal cómo yo la entiendo y no me plantea ningún problema.

En cambio los discos que me plantean un problema sobre los límites de la colección, sobre, como decíamos hace un momento, la necesidad de preservar un cierto tipo de material efímero que fue concebido sin ninguna pretensión de conservación, son los discos de chocolate. Como sabrás se han editado recientemente (y de forma independiente entre sí) algunos discos de chocolate (uno de ellos a cargo de una empresa de Barcelona). Ante este tipo de discos me pregunto si debo conservarlo o comérmelo y dónde hay que conservarlo. (Respuesta: en la nevera, por lo menos en verano). Me pregunto por qué debería conservarlo (en vez de meramente documentarlo, grabarlo, fotografiarlo antes de comérmelo) cuando de los discos de chocolate que fabricaron Stollwerk y Eureka a principios del siglo pasado no debe quedar ni uno (que yo sepa) escuchable. Lo más cercano que he visto son unos discos muy rotos, unas migas de disco, más bien, en el museo del fonógrafo de Saint Fargeau. Por cierto, esto de guardar discos en la nevera es un problema que también comentó Ed Veenstra en su conferencia en este mismo ciclo.

Frente a la pregunta de cómo es posible disfrutar de una colección con vocación completista, Kenneth Goldsmith parafraseaba a Walter Benjamin de una manera bastante graciosa y que venía a decir que “tampoco utilizamos la vajilla de porcelana cada día”. Sea como sea, el no poder escuchar todo el material acumulado es a menudo un mal menor para el coleccionista discográfico.

A partir de un cierto punto, no es posible escuchar todo el material acumulado, lo mires como lo mires. Si un LP dura cuarenta minutos de promedio, tres mil LPs (por decir algo) duran dos mil horas. Si la semana laboral es de cuarenta horas semanales, escuchar tres mil LPs llevaría cincuenta semanas, es decir un año entero a jornada completa escuchando los discos sin repetir ni uno. Y eso sin contar a los locos como yo que nos quedamos escuchando el último surco (supuestamente silencioso) en loop durante horas y luego hacemos nuestros propios discos con ellos (¡más discos, cómo si no hubiera suficientes!).

Obviamente, que no sea posible escuchar todos los discos no quiere decir que no se disfrute escuchando algunos. En mis caso, admitiré, parafraseando una frase tuya de hace un rato, que la serendipia (hermosa palabra) juega un papel muy importante en mi forma de escuchar discos.



[Discos infantiles de cartón, Voco/Record Guild of America, Estados Unidos, años cincuenta]

Tu colección tiene un componente curioso en cuanto es de alguna manera *meta*, por tu especial interés en los medios de reproducción y en el medio en sí mismo: más que el contenido, lo importante es el continente. Imagino que en cierto modo tiene también relación con tu práctica artística y tu personal interés por la reutilización de material ya existente, ya sean *samples*, letras o iconos.

Sí, esta es una colección ligada a mi actividad artística. Estos últimos años estoy trabajando con ruido de fondo de vinilo, lo cual es una práctica evidentemente gramofónica.

Respecto a mi actividad *meta*, como tú la llamas, sospecho que es una forma de ser, y una actitud política que no puedo evitar. Sería un poco largo de explicar aquí, pero podemos resumirlo en que es una actitud de oposición a los conceptos de originalidad y de autoría y al modelo económico del cual derivan o que deriva de ellos. Saltándonos muchos pasos del razonamiento, es una oposición al capitalismo.

Además, cuando ahondamos en este tipo de temas, entramos en el de la posesión, la colección como acumulación de posesiones. Este es otro campo de reflexión que enlaza con el de lo público y lo privado, la colección como museo y, por otro lado, con el del futuro de la colección, si la colección sobrevive al coleccionista, es decir al tema de la muerte. Al final, ya se sabe, si se le dan vueltas a las cosas, siempre se acaba en Eros o Tánatos.

¿Puedes desarrollar la idea de “Eros y el coleccionismo”?

Es un tema distinto, del cual se ha hablado mucho, y solo apuntaré un par de cosas, así de pasada.

La primera es que rechazo totalmente la idea de colección como sustituto de la libido, supuestamente basada en el hecho de que un número importante de coleccionistas son de género masculino y que siguen el siguiente patrón: coleccionan cosas en la adolescencia, dejan de hacerlo al convertirse en adultos y lo retoman un par de décadas después. Hay muchas otras explicaciones independientes de la cantidad o calidad de la actividad sexual. Por ejemplo, la estabilidad económica o en la vivienda. En mi caso, sin ir más lejos, he coleccionado de forma activa cuando he vivido más de un lustro seguido en la misma casa, y no lo he hecho tanto en las temporadas en las que me he mudado con frecuencia. Estas épocas han coincidido con las anteriormente mencionadas, pero hay una explicación mucho más lógica que la de la libido menguante.

La segunda no tiene nada que ver con la anterior. Encontrar una pieza muy buscada (*deseada*) o incluso llegar a completar una colección se ha descrito rutinariamente como un orgasmo. Diría que la analogía es correcta, pero sobre todo por la parte del vacío poscoital, del “¿y ahora qué?”; aquello que los franceses llaman *la petite mort*, una vez que el deseo cesa. Quizá por eso no me interesa el completismo.

En tu colección se encuentran objetos e invenciones a veces inauditas. Desde discos aleatorios a formatos insospechados como postales, vinilos en forma de revista, discos de tamaños diversos, discos cuadrafónicos, etc. ¿Cuáles son tus favoritos?

Buena pregunta. Creo que no hay un favorito. El favorito es el conjunto (parezco un entrenador de fútbol: “lo importante es el equipo”). En todo caso mis favoritas serían las piezas que más me han costado encontrar (aunque en el fondo todas han sido descubiertas por casualidad, incluso aquellas que he buscado durante tiempo). Otras favoritas serían las piezas que me han sido regaladas con cariño, o que tengo desde hace mucho tiempo. Fíjate que en ambos casos lo que les otorga importancia es cómo han llegado a mí, no las piezas en sí.

Dicho esto, puedo decir que entre mis favoritos están los discos que se reproducen solos. En España a veces se les llamó dedodiscos, o también “tocadiscos mágicos”. También me gustan los discos aleatorios a los que, también se les llama *magic records*. (Al final será una cuestión de magia...)

Curiosamente, la industria del juguete fue durante una época bastante creativa al buscar maneras de comercializar e introducir el sonido en el juego. Con el tiempo,



[Discos de muñeca, España, años setenta]

cuesta entender que estos objetos fuesen realmente utilizados para lo que prometían, más allá del *gimmick*. ¿Crees que se puede establecer una historiografía de esta experimentación con los formatos?

No me atrevería. Tú misma has dicho que mi cronología de la evolución de los sistemas de reproducción de sonido es caprichosa, errática y absolutamente personal.

La historiografía de la experimentación con los formatos, el estudio de su historia, es otra de las ramas de gramofonía. No se ha publicado mucho al respecto, y gran parte de ello es muy oscuro.

Pero tal vez puedes destacar algunos de los ejemplos más relevantes en tu colección.

La información es tan dispersa que uno acaba juntando libros que tienen una relación muy tangencial con el tema: libros sobre la industria discográfica, sobre técnicas de grabación, sobre juguetes, sobre portadas de discos, historias de la música, catálogos (de discos e incluso de tocadiscos), etc.

Como ejemplo extremo mencionararía el *Collectors Guide to 'His Master's Voice' Nipper Souvenirs*, compendio absurdo de más de mil páginas de información de dudoso interés y fotos borrosas sobre el perrito de la voz de su amo, con listas de precios sin actualizar. No se lo recomiendo a nadie.

En el extremo opuesto podemos citar los ocho maravillosos volúmenes de Timothy Fabrizio y George Paul para Schiffer sobre fonógrafos, gramófonos y todo lo que está relacionado con ellos. Se los recomendaría ciegamente a cualquiera (a cualquiera al que le entren en el presupuesto, claro).

La mística de lo sonoro, la herencia de la experiencia social de escuchar la radio o los primeros discos que llegaron al ámbito doméstico de alguna manera fue un filón que quisieron explotar y extender. Seguro que puedes compartir ejemplos fascinantes de ello.

La mística del disco, o del objeto sonoro, ha pasado por diversas fases. En un primer momento el descubrimiento de Edison fue tan sensacional que hoy en día ni podemos imaginar el cambio que supuso en nuestra manera de ver el mundo. El mismo Edison escribió un texto en 1878 ("The Phonograph and its Future") en el que enumera los usos más probables de su invento. Yo siempre he considerado este texto el documento fundacional de la gramofonía. En él se describen usos comerciales (perfeccionamiento del telégrafo, dictáfonos, anuncios grabados), educativos (libros sonoros, cursos), archivísticos (preservación de las voces de "grandes hombres" y de recuerdos familiares) y lúdicos (juguetes sonoros, muñecas parlantes). Curiosamente, al menos desde una óptica actual, la música no está resaltada, el uso musical es solo uno de los posibles.

Cuando los discos se convirtieron en un objeto de consumo popular (yo situaría ese momento en la primera década del siglo XX) se produjo una explosión de formatos raros y usos diversos del invento. (Por ejemplo, los discos de chocolate mencionados más arriba). Como sabes, acabo de exponer una muestra titulada *Gramofonía lúdica* en el Museu del Jugueta de Catalunya (en Figueras) con más de cien ejemplos de juegos con discos (y viceversa, discos con juegos). Y me he limitado sólo a juegos de mesa, no a juguetes, muñecas, etc...

Algunos de los ejemplos más relevantes son los discos de carreras (generalmente de caballos) con final aleatorio o los discos ruleta. En ambos casos se trataba de montar una fiesta en casa con los amigos y dedicarse a apostar. Los más antiguos de estos discos, hasta dónde yo sé, son de los años treinta.

Otro tipo de discos que traslada inequívocamente la experiencia social de la escucha al contexto del hogar es el disco infantil. Por razones económicas, no hay demasiados discos infantiles antes de la guerra pero hay una auténtica explosión de ellos a partir de los años cincuenta. Muchos de ellos son muy gramofónicos, tanto en lo formal (discos de formas bizarras y colores vivos) como en el contenido (discos que le hablan al niño: "hola, soy un disco").



[Flexi discs o discos flexibles, años setenta/ochenta]

También hay casos en los que se explotan los límites del formato y muy frecuentemente la fidelidad se sacrifica en pos del *gimmick*.

Los dedodiscos que decía antes son uno de los productos de menor “fidelidad” que se encuentran debido a que, más allá de las limitaciones del disco en sí, se reproducen girándolo a mano, con lo que es muy difícil mantener una velocidad regular.

He entrecorrido “fidelidad” porque es un concepto falso. Los discos no son fieles a nada. El estudio es un lugar mentiroso. La grabación es una representación en la que se tergiversa la realidad en función de los intereses del productor. La búsqueda de la fidelidad, desde el principio, desde los famosos *tone-tests* de Edison en los que conseguía que el público fuera incapaz de distinguir entre un cantante y un fonógrafo, son engaños y trucos comerciales. A medida que la técnica ha ido mejorando, no ha mejorado la fidelidad sino la calidad del engaño.

Este debe ser uno de los motivos por los que me interesan estos formatos: porque engañan mucho menos. No quieren ser más que lo que son y por lo tanto son mucho más fieles a lo que sea que quieren representar.

Sobre el tema de la fidelidad existe otra reflexión, muy gramofónica. Cada disco hay que escucharlo en el tipo de tocadiscos para el cual fue pensado. La fidelidad no se entiende sin el conjunto formado por disco y reproductor. Por ejemplo, las grabaciones de los años sesenta suenan mucho mejor en un tocadiscos de entonces, en los famosos tocadiscos de maleta, que en un equipo actual (y suena aún peor si escuchamos una “grabación remasterizada”).

Además –y no sé si me desvío del tema– le he cogido tanto cariño a los discos como objeto que cada vez aprecio más sus imperfecciones, los crujidos, el sonido del polvo sobre el vinilo. La imperfección, en este caso (en este tipo de escucha) es un plus que hace que cada copia de un disco sea única. Volveríamos así a los orígenes. No olvidemos que los primeros cilindros de cera eran todos distintos entre sí, porque aún no se podían duplicar mecánicamente, y lo que se hacía era grabar repetidamente tomas distintas. Y no olvidemos tampoco que antes de antes, antes de Edison, el sonido era siempre distinto entre sí. No solo no se podía conservar sino que no se podía repetir (que no es lo mismo). Al final esta repetición idéntica, perfecta, en la que no se permite el más mínimo error, es deshumanizadora. La escucha del polvo sobre el vinilo se rebela contra esto. Aprovecho esta reflexión para añadir a mi lista de discos-objetos favoritos el *Footsteps* de Christian Marclay.

Sin embargo, otra de las ramas de mi colección es la de la búsqueda de la alta fidelidad. Esto incluye tanto discos hechos para probar los equipos de alta fidelidad a nivel técnico (barridos de frecuencias, tests de estereofonía, etc.) como discos para discófilos, que pretenden sonar mejor que sus competidores, y cuyas notas interiores están llenas de detalles técnicos. Estos discos son más a menudo de *easy-listening* que de música clásica (aunque hay de todo) y tienen títulos o subtítulos como “estéreo espectacular”, “estéreo en tercera dimensión”, “superestéreo”... Algunos de ellos son directamente engañosos, como “stereo6” o “stereo8”, que sugieren falsamente la existencia de multifonía.

En esta rama de la colección se incluyen naturalmente los distintos formatos de cuadrafonía. (La colección debería incluir al menos un reproductor cuadrafónico para cada tipo de formato, que eran incompatibles entre sí, pero eso queda fuera de mis posibilidades principalmente por problemas de espacio).

En el extremo de esta rama se encuentran discos que aseguran tener un sonido “psicoacústico”. Esto, aunque en sí no quiere decir nada, enlaza, por un lado, con las *i-doses* (las “drogas acústicas”) y, por otro, con las grabaciones de psicofonías. Como decía, mi colección está hecha de relaciones.

Estos discos que mencionas con stereo6 o stereo8 o estéreo en tercera dimensión, ¿qué es lo que ofrecían en realidad?

Este tipo de discos lo que ofrecen, generalmente, son unas extensísimas notas



[Fortunadisk Talking Games (Johnson, Riddle & Co., Reino Unido, ca. 1938)]

técnicas para explicar lo inexplicable (o demostrar lo indemostrable), es decir, para confundir a los legos. Son simplemente discos estéreo.

Hablábamos el otro día de lo curioso que resulta descubrir que un loop o surco cerrado en un vinilo esté dentro (es decir, cerca de la galleta) o fuera (es decir, lejos) tarda en hacer su recorrido completo 1,8 segundos. Pese a que se entiende que es algo tan sencillo como que la información está más comprimida a medida que la aguja se acerca a la galleta, cuesta (o al menos a mi) superar la ilusión óptica de que siendo los surcos de fuera obviamente más largos y la velocidad de la aguja constante, esto sea así. Esto de alguna manera enlaza también con el tema de la fidelidad que comentabas, ya que en un mismo formato, el vinilo, nos encontramos con que la “calidad” de reproducción disminuye en función de dónde está la aguja. Otra cosa es que lo podamos percibir...

La calidad de reproducción, más que disminuir, varía en función de donde está la aguja. La explicación técnica es compleja, no para todos los públicos, y la capacidad de oír la diferencia también depende del equipo en el que se reproduzca y de la costumbre que se tenga para distinguir estas sutilezas. De hecho, estos detalles son más importantes en el momento de la masterización y el corte del vinilo que en la escucha. Por poner un ejemplo, los temas con los agudos más estridentes es mejor que vayan al principio del disco. Esto, obviamente, es válido para la música pop, en que las canciones son independientes y pueden/suelen tener un espectro sónico distinto para cada una. En la grabación de una sinfonía, por ejemplo, se adopta una solución de compromiso para reducir los problemas técnicos. Como he apuntado antes, la fidelidad no me interesa demasiado como oyente, pero sí a nivel técnico. Admito que hay una contradicción, más aparente que real, pero tampoco hay nada malo en tener contradicciones.

Siguiendo con los loops, tú eres un experto en el tema... De hecho en tu colección tienes ejemplos fantásticos del uso de estos. ¿Puedes compartir algunos?

Tengo unos cuantos discos de loops, en efecto, desde discos de beats para DJs (relativamente poco interesantes) hasta recopilatorios como los del sello RRR, quienes en su referencia RRR-1000 meten 1000 loops en un solo disco, 500 por cara, lo cual es una salvajada y supera ampliamente cualquier límite prudente para hacer el master. De hecho, ellos mismos se disculpan si alguno de los loops no es perfecto. Mis discos de loops favoritos podrían ser, por un lado, el *Buy, Me, Sue Me* de Stock, Hausen & Walkman, un single de vinilo azul cielo y postura apropiacionista (la palabra “me” sampleada de 42 grabaciones distintas, sin pedir permiso, naturalmente) y, en otro orden de cosas, los experimentos de Non como el *Pagan Muzak*, con surcos excéntricos (es decir, con más de un agujero en el disco), cuyos créditos indican que el disco se puede reproducir a cualquier velocidad.

¿Colecionas también archivos digitales o solo estás interesado en los objetos sonoros?

No solo no colecciono objetos digitales, sino que la disociación entre contenido y continente que se ha producido con los archivos digitales me ha ayudado a descubrir en qué consiste mi colección. El contenido siempre ha sido inmaterial, pero desde que está en un archivo digital esto es mucho más obvio. Ahora mismo mi postura es: si quiero *tener* un disco (sea para la colección o por cualquier otro motivo), lo adquiero. Si *solo* quiero escucharlo, no es necesario comprarlo. Generalmente me lo bajo. Es mucho más rápido e incluso más ecológico. Además luego no ocupa espacio.

En este sentido, ¿qué te parece el coleccionismo digital, en el cual el sonido o música se desprende no solo del objeto si no del medio de reproducción? También ha puesto a prueba la calidad (del engaño) poniendo en circulación formatos frecuentemente comprimidos. Es, en cierto modo, la antigramofonía.

No sé si hablamos de lo mismo. Yo veo las Buddha Machine y los Playbutton como objetos totalmente gramofónicos (aunque el Playbutton tiene una gracia limitada).

Incluso las tarjetas de descarga que durante un tiempo se podían adquirir (no sé si todavía existen) y que simplemente tenían un código para bajarse temas, se



[Grabador doméstico de discos Audio-Phonic, Estados Unidos, años cincuenta]

pueden considerar objetos gramofónicos. Yo no las veo antigramofónicas. Las considero una tontería, eso sí, pero no es lo mismo.

El tema del formato comprimido es otro problema. Si hace diez años, la tecnología (capacidad de almacenamiento, ancho de banda) obligaba a comprimir los ficheros, hoy en día ya no hay motivo para seguir haciéndolo. El formato MP3 es un vicio adquirido.

Esto nos devuelve al problema de la fidelidad. La propia industria ya no vende fidelidad (aunque trata de disimularlo), y este problema es anterior a la compresión de ficheros. De hecho, viene desde el momento en que se implanta el CD y sus especificaciones quedan inmutables (el famoso "libro rojo"). Hasta ese momento, en cada década se había producido un notable incremento en la fidelidad o calidad de sonido de los equipos de audio. Los reproductores de los años cincuenta, sesenta o setenta, por ejemplo, poco tenían que ver entre sí en ese aspecto. La llegada del CD frenó este proceso. Más allá de si suena mejor o peor que el vinilo, el problema es que es un formato que lleva treinta años (en España algunos menos) sin cambiar. Ofrece la calidad que ofrece y de ahí no pasa. Los formatos que lo tenían que superar, como el SACD, se han quedado en anécdotas, como en su momento se quedó la cuadrafonía. Lo peor es que, diga lo que diga la industria a posteriori, el CD no se concibió como el formato definitivo sino como un paso intermedio hacia algo mejor que nunca ha llegado.

Además, con la llegada del MP3 y, lo que es peor, de la generalización de la escucha de la música en los altavoces del ordenador, la carrera por la fidelidad no solo se ha detenido sino que ha retrocedido. El usuario no solo ha dejado de pedir más "fidelidad" cada cierto tiempo, sino que ha dejado patente que cada vez se conforma con menos (más o menos lo mismo que pasa con la democracia, e incluso podría ser que por las mismas causas, aunque no es este el sitio para discutirlo).

En todo caso, en términos de supuesta "calidad" del sonido (ya no creo que se llame fidelidad), hoy en día de lo que se trata es de tener un subwoofer lo más potente posible en el coche. Los que no tenemos ni subwoofer ni siquiera coche no tenemos ni idea de lo que es calidad de sonido hoy en día.

... y no, no considero el coche un objeto gramofónico.

La paradoja es que de alguna manera ha resurgido el culto al objeto, ya sea por intereses comerciales (me comentaba Jonny Trunk que en tiendas tipo HMV y Virgin vuelven a tener espacio para vinilos y que algunas multinacionales estaban reconociendo el nicho de mercado en el formato) o por reivindicación del objeto sonoro (como puede ser el caso de algunos sellos que están volviendo al casete).

En efecto, es un curioso caso en la historia de las tecnologías. Ahora mismo no se me ocurre otro ejemplo de tecnología supuestamente superada que vuelva, y que sin duda sobrevivirá a la tecnología que iba a retirarla. Esto demuestra que nuestra relación con el disco es fetichista, de culto al objeto como bien dices. Por esto en el fondo veo totalmente natural una colección gramofónica como la mía. Si bien admito que en algunas cosas es una colección inusual, no deja de estar acorde con los tiempos que corren.

¿Hay algún SACD, MD, disco láser en tu colección? Si es así, no es lo que destacas en las visitas caseras.

Sí tengo, naturalmente. No son mis formatos favoritos, y de hecho no tengo, por ejemplo, ningún SACD, aunque cualquier día me compraré uno. Lo que dudo es que me llegue a comprar un reproductor dedicado. Cuestión de espacio y de prioridades... aunque nunca se sabe.

En las visitas caseras como tú dices, cuando viene a casa alguien interesado en mi colección, le enseño solo una pequeña parte, lo más vistoso o lo que creo que le va a gustar más. Hay muchas cosas que no has visto, que casi nadie ha visto, o que ni siquiera tengo organizadas para enseñar.

¿Mantienes algún tipo de base de datos?



[Tocadiscos a pilas Philips, años sesenta]

Ya he dicho antes que hace años un accidente informático me borró la base de datos. Desde entonces decidí relajarme y confiar en mi memoria. Desde que he empezado a reconsiderar mi colección (y también, por qué no admitirlo, desde que mi memoria ya no es lo que era) he empezado a tener listas parciales de algunas cosas.

Naturalmente, el tema de la memoria está muy relacionado con el coleccionismo, tanto desde el punto de vista de la supervivencia de la colección (la colección que sobrevive al coleccionista y que será el recuerdo que quedará de él... Tánatos, apuntábamos antes), como del de la identidad: la colección es lo que sabe y lo que recuerda el coleccionista de sí mismo.

Dijo Kenneth Goldsmith en su conferencia que un coleccionista no debe desprenderse de nada porque todo forma parte de su colección; luego de su identidad. En ese sentido, en último término el coleccionista se colecciona a sí mismo. Sin embargo, como escribió Elena Cabrera: "arrastro conmigo muchos recuerdos para ayudarme a recordar y he empezado a darme cuenta de que muchos de esos recuerdos ya no me recuerdan nada."

La base de datos es una extensión de la memoria que permite manejar mayor cantidad de información, de recuerdos, sin tener que recordarlos todos a la vez. Por otro lado, la propia estructura de la base de datos encasilla la información y dificulta establecer relaciones entre los objetos, que en mi caso son parte indisoluble de la colección. Por esto solo mantengo bases de datos parciales.

Creo recordar que en tu colección hay segundas copias, pero no para ponerlas en el mercado si no por otras razones.

Hay muchos motivos, incluso razonables, para adquirir segundas copias, desde tener cosas para intercambiar, hasta para venderlas. Personalmente el intercambio me parece bien, pero no tanto la venta, que convierte al coleccionista en vendedor. Hasta cierto punto es inevitable; mucha gente lo hace, algunos de ellos buenos amigos, así que lo dejaremos en que es una opción personal. Trato de no vender.

Mi motivo para adquirir segundas copias es más bien el siguiente: después de invertir un tiempo y un esfuerzo en encontrar algo, este algo no deja de tener interés tan fácilmente. Quizá ya no tiene *el mismo* interés, pero conserva parte de él. Naturalmente, si hablamos de algo que me ha costado encontrar la primera vez, es que se no se encuentra todos los días. Si lo vuelvo a encontrar (a un precio razonable, se entiende), tengo la tentación de volverlo a adquirir. A veces lo hago, a veces, no. Y si lo hago, a veces lo acabo intercambiando o regalando (que es otra forma de intercambio: te cambio el objeto por el honor que me haces, el placer que me das, al aceptarlo), o a veces me lo quedo como "copia de seguridad".

Obviamente, esta política nos llevaría a preguntarnos cuál es el límite, cuántas copias podemos tener de un objeto sin caer en extremos como aquel caballero que mencionaba William Bennett, que compraba veinte copias de cada nuevo disco de Whitehouse y luego seguía comprando copias cada vez que veía el disco en una tienda.

En el mantenimiento de la colección prima el uso, me parece.

La forma de conservar las colecciones depende de muchos factores, siendo el espacio uno muy importante, pero también el uso que uno da a la colección. En el caso de los discos, hay quien no escucha nunca los discos de su colección (en todo caso adquiere otra copia), y hay quien los machaca como si no le hubieran costado una fortuna. En mi caso, pongo las cosas donde encuentro un hueco, tratando (a) de tener a mano las que más uso, y (b) a la vista las más bonitas. No siempre puedo cumplir ambas condiciones.

¿Cómo ha cambiado tu colección, a partir de la implantación generalizada de internet en el contexto doméstico?

Internet ha sido una bendición para mi colección, tanto por la facilidad de acceder a los discos en sí, como por la información que proporciona. Muchas veces lo difícil no es comprar algo, sino saber que existe. En mi colección hay



[Revista musical con flexidiscs *Sonorama*, núm 1, ed. Sonopress, Francia, 1958]

cosas bastante raras, en el sentido de que el problema no es tanto encontrarlas sino descubrirlas, saber que están ahí. Y además muchas veces se trata del tipo de cosas que no se encontraban fácilmente.

Me pregunto si el acceso a más información ha significado un crecimiento exponencial a nivel cuantitativo... O cualitativo.

Ambos. Hay dos variables independientes que crecen: el acceso a la información y el acceso a los objetos. En teoría de la calculabilidad a esto se le llamaría un factor de crecimiento cuadrático: la facilidad para encontrar una pieza para la colección crece por dos factores distintos: es decir, no crece linealmente sino cuadráticamente. Y esto es un cambio muy importante.

Sin embargo, por importante que sea este cambio, uno no puede *googlear* “cosas-que-me-interesan” y sentarse a esperar la respuesta. Sigue teniendo que investigar mucho.

Pero tu colección empezó antes de internet.

Y sigue teniendo una parte muy importante de actividad fuera de Internet. Me gusta revolver objetos físicos. Me encanta ir a mercadillos. Cuando visito una ciudad, busco los mercadillos y los traperos (incluso antes que las tiendas de discos o los anticuarios).

Para mí hay una diferencia fundamental y es que por internet uno tiene que reprimirse, simplemente no puede comprar todo lo ve. En un mercadillo esto es mucho más relativo, se vuelve a la escala humana: se habla con personas y se toman decisiones con los objetos en las manos.

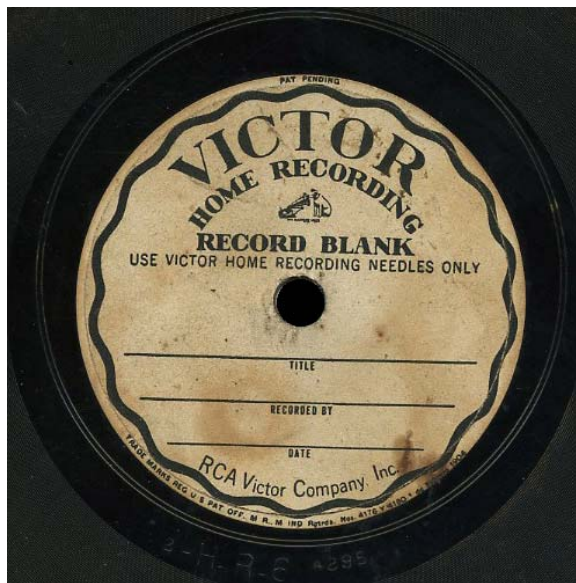
¿Qué tipo de relación tienes con otros coleccionistas? Ed Veenstra, por ejemplo, mostraba cierto recelo en compartir la información de su objeto de deseo hasta que no estaba en sus manos y describía una relación ambivalente con los coleccionistas que perseguían aquel mismo objeto.

Tengo relativamente poca relación con otros coleccionistas de discos, quizá porque mi colección, aunque se solapa con otros territorios, no acaba de encajar en ninguno en concreto. Algunos coleccionistas, como dices, son gente recelosa, que oculta información y no habla francamente. Con estos tengo muy poco interés en entablar conversación. Otros (la mayoría, posiblemente) son gente encantadora, entusiasta y deseosa de compartir conocimientos. Con estos me puedo hacer muy amigo.

Mi forma de ser me impulsa a compartir la información. En ese sentido creo que soy generoso. Sin embargo, también he aprendido que dar información puede encarecer aquello que se busca. De mi colección de juegos creé una web y algunos me criticaron, o dejaron de proporcionarme información privadamente para que yo no la publicara. En el caso de la gramofonía, soy perfectamente consciente de que la web sobre la exposición *Gramofonía lúdica*, que he hecho coincidiendo con la exposición en el Museu del Joguet de Catalunya, va a encarecer a medio plazo algunos de los discos que busco. Es fastidioso, pero es así.

Por esto, la información que menos comparto no es tanto aquella sobre los objetos en sí, sino la información sobre dónde se puede encontrar esa información (¿la “metainformación”?) Por ejemplo, cuando hablábamos de la historiografía de la experimentación sobre los formatos, me he abstenido de mencionar los –por otra parte, escasos– libros que pueden tener una información precisa sobre el tema.

Me fastidia bastante tener que comportarme así; va en contra de mi naturaleza y de mi ideología, y me entristece que una minoría de gente, con la que no me identifico y a la que incluso desprecio, influya de esta forma en mi conducta. Pero como decía Sandro Giacobbe: “lo siento mucho, la vida es así, no la he inventado yo”. No vivimos en un mundo ideal, los malos siempre tienen ventaja, y no soy yo quien lo va a cambiar... simplemente trato de no darles más ventaja.



[Disco grabable Victor, Estados Unidos, años cincuenta]

02. Enlaces relacionados

Página de Anki Toner
www.ankitoner.com

Serie de podcasts MEMORABILIA. COLECCIONANDO SONIDOS CON...
rwm.macba.cat/es/memorabilia_tag

03. Créditos

Entrevista: Anna Ramos, con la colaboración de Roc Jiménez de Cisneros.
Imágenes: archivo Anki Toner. Corrección: Ester Capdevila y Clàudia Faus.

04. Licencia

2012. Este texto está licenciado bajo una licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 España (CC BY-NC-ND 3.0).